

UN PEQUEÑO CONTRATIEMPO, Un relato de Mercedes Arribas Jerónimo

Después de un largo y pesado viaje aterrizamos en nuestro aeropuerto de destino. Fuimos bajando del avión con impaciencia e indecisión, juntándonos todos los del grupo alrededor de la joven guía, la cual nos había acompañado desde Madrid. Procedimos a recoger nuestras maletas y hacer infinitos trámites para cambiar moneda, tras lo cual nos dirigimos hacia el autocar que nos llevaría al hotel.

Como siempre, en todos los viajes de grupo que he realizado hay un determinado tipo de personas que se obstinan en ser los primeros en meter sus maletas, y acceder al autocar presurosos para coger un buen sitio, e incluso hay parejas perfectamente coordinadas, así que mientras uno coloca las maletas el otro va cogiendo asiento, pero a lo que voy, después de colocarnos todos se presentó el que iba a ser nuestro guía local, con un nombre impronunciable, y nos empezó a contar curiosidades y características del país y de la ciudad.

Yo no presté mucha atención a las explicaciones, ya que estaba absorta viendo las calles y el trajín de la gente. Tras un rato de trayecto me di cuenta que todas las personas eran negras (perdón si alguien considera esta definición como peyorativa, pero me niego a utilizar eufemismos) cosa que no era de extrañar, ya que estaba en un país africano, cuando el guía, parece que leyéndome el pensamiento, comentó que estábamos en una de las zonas de población negra, donde los blancos no se acercaban para nada.

Pasado un buen rato llegamos al hotel, y después de reunirnos en el hall y darnos nuestras llaves, el guía, de nombre impronunciable, nos hizo encarecidamente una advertencia: Esta ciudad, nos dijo, es muy peligrosa y más por la noche, así pues, os ruego que no salgáis del hotel hasta que mañana yo os recoja y podamos conocer juntos los lugares visitables, si después de la cena os apetece dar una vuelta, que no sea en el exterior. Aquí al lado con acceso directo con el hotel, hay un amplio centro comercial para pasear sin ningún problema. Hubo un murmullo y algunos nos acercamos a ver el acceso y después de cenar salimos a ver que veíamos. Allí como una copia aparecían el Burger King, el HyM y toda la serie de marcas trasnacionales. Yo pensé en lo ridículo de la situación, recorrer miles de kms para conocer un país diferente y lo primero que nos enseñan era un centro comercial donde ves los mismos comercios que en el que hay al lado de mi casa

.

En fin, fuimos a la habitación y tras asentarnos bajamos a cenar. Al acabar nuestra joven e inexperta guía de Madrid nos fue indicando las actividades a realizar a la mañana siguiente y nos dio su número de teléfono para estar en contacto en caso de necesidad durante el viaje. Yo, como no me gusta introducir en el móvil contactos temporales lo apunté en la aplicación de notas, sin mucho interés y nos fuimos a descansar para estar frescos a la mañana siguiente.

Amanecimos algo más descansados, pero con esa sensación del jet lag que acosas tanto los primeros días, y bajamos a desayunar un buen café para estar receptivos y empaparnos de todo lo que nos esperaba fuera. Apenas había gente, y desayunamos copiosamente para coger energías, dado el duro día que nos esperaba. Salimos del comedor, y sonreímos a un par de parejas que nos cruzamos en el camino, para llegar a la habitación y prepararnos hasta la hora de reunirnos en el hall con el guía local, de nombre impronunciable. Subimos al ascensor y pulsamos el botón del 5 para subir a nuestra habitación, el ascensor empezó a elevarse, nosotros íbamos charlando de las cosas que teníamos que llevar y si procedía una u otra prenda de abrigo sin apenas darnos cuenta que el ascensor subía más de la 5ª planta, y no se había parado en ninguna previa.

Cuando paró salimos a un sitio extraño, con pasillos y puertas, pero sin el formato del hotel y una vez fuera el ascensor se cerró. Después de mirar a ambos lados me dirigí a una ventana que había y comprendí que nos habían subido a la última planta ya que el edificio era muy alto y se veía la calle muy lejos. Comentamos lo raro del sitio y volvimos hacia el ascensor para ir a la 5ª planta, pero nuestra sorpresa fue que el ascensor no tenía botón de llamada, solo era una puerta de salida. En ese momento yo comencé a alarmarme ante lo extraño de la situación, pero traté de no exteriorizarlo para no recibir una crítica por parte de mi pareja y empezamos a buscar la escalera.

Atravesamos uno de los pasillos oscuros hasta encontrarla, pero nuestra sorpresa se convirtió en perplejidad ya que estaba clausurada con unas rejas, y la puerta que tenía estaba cerrada con un candado.

Mi corazón latía a mil por hora, aunque seguía tratando de mantener la calma, cosa que me resultaba muy difícil, regresamos de nuevo en dirección al ascensor para tomar otra ala de pasillo. Mientras lo recorríamos en alguna de las muchas puertas por las que pasábamos se oía un llanto que supusimos que era de un niño, y en una de las habitaciones se oyó un fuerte ruido, se abrió la puerta y salió una mujer negra en camión que al vernos regresó de nuevo dentro y cerró inmediatamente la puerta sin que nos diese tiempo a decirle nada.

Por mi cabeza pasaban miles de escenas terribles, mientras intentaba buscar el teléfono de la joven e inexperta guía, para tratar de avisarla y que viniera alguien a rescatarnos, pero la comunicación telefónica no funcionaba, y mi angustia ya me impedía respirar con normalidad. Trate de llamar a alguien a España y explicar la extraña situación que estábamos viviendo, pero ¿A quién llamar en plena noche allí y contarle lo que estábamos pasando? Al final del pasillo encontramos otra escalera clausurada también cerrada con rejas y otro ascensor también sin botón de llamada. Mis lágrimas empezaron a brotar y mi corazón se salía de su sitio mientras pensaba si alguien del grupo, que ya debería estar en el hall para salir, nos echaría de menos. De pronto se abrió la puerta del ascensor y como si nos hubiese atraído como un imán, nos metimos ante la mirada de sorpresa de un elegante y fornido hombre negro ataviado con un traje y oliendo a un agradable aroma. Mi pareja empezó a balbucear en su precario inglés que íbamos a la habitación del hotel y que habíamos aparecido allí sin saber cómo. Sin mediar palabra metió una tarjeta en el ascensor y este empezó a bajar, cuando paró salimos a una estancia grande con unas rejas al fondo. El hombre del ascensor salió con nosotros y dos hombretones negros uniformados como de guardas jurados se acercaron extrañados, supuse por ello que no era un lugar donde se viesen turistas. Los tres hombres mantuvieron una conversación, y mientras nos miraban las carcajadas salieron de ellos con ganas, ya que nuestra cara debía de ser un poema.

El hombre del ascensor, todavía con la sonrisa en la boca se marchó y mientras le seguíamos con la mirada acerté a decir un "Thank you" con voz temblorosa mientras uno de los guardas llamaba por teléfono. Al rato apareció una señora de la limpieza y uno de los guardas abrió puerta de acceso e intercambiaron unas palabras mientras nos miraban con una sonrisa burlona. La mujer nos indicó con señas que la siguiésemos, lo cual hicimos mientras ella nos decía algo que no entendíamos. Después de caminar por varios pasillos abrió una puerta y ¿Sabéis que maravillosa vista encontramos? Sí, el centro comercial tan parecido al de mi barrio y cuando vi un Zara rompí a llorar, pero esta vez de alegría.